

De encuentros y viajes

Eugenia Revueltas

Hay personas que llegan a nuestras vidas y que, callada e insensiblemente, las transforman; hay otras que son como relámpagos, como tormentas o huracanes que nos estremecen y desconciertan, pero que, pasado un tiempo, se desvanecen como esas formas extremas de la naturaleza. Arturo es de la primera estirpe: los saberes que él encierra, y que comparte generoso con sus alumnos; su inteligencia que como agudo estilete llega al meollo de las cosas, sin estridencias, como si conscientemente renunciara a los fulgores efímeros de la fama; el humor, casi podríamos decir socarrón y refinado, que a veces hace brillar sus ojos y sonreír; sus conocimientos, varios, rigurosos y con frecuencia subversivos en torno a la literatura en lengua española, sin excluir, por supuesto, a la literatura mexicana, a la que se ha acercado con mirada certera en múltiples ensayos y estudios introductorios; su integridad ética y compromiso con la Universidad, y en especial con la Facultad de Filosofía y Letras; todo eso es mi maestro y amigo Arturo Souto.

Ni Domine Cabra ni el esnob y risible profesor invitado que llega a la vetusta americana de *Estas ruinas que ves*. Para mí, Arturo Souto encarnaría la propuesta machadiana de *Juan de Mairena*. Como este maestro ideal, Arturo va al encuentro de su alumno y le da, sin restricciones y con modestia, todo el caudal de sabiduría académica y existencial que a lo largo de su vida ha ido acumulando; como Juan de Mairena, posee un pensamiento crítico que lo lleva a menospreciar los eufemísticos tópicos de la crítica. Viene a mi mente aquella parte en la que, hablando de los poetas, les dice a sus alumnos

que antes de escribir un poema [...] conviene imaginar al poeta capaz de escribirlo. Terminada nuestra labor, podemos conservar el poeta con su poema, o prescindir del poeta —como suele hacerse— y publicar el poema; o bien tirar el poema al cesto de los papeles, o, por último, quedarnos sin ninguno de los dos, conservando siempre al hombre imaginativo para nuevas experiencias poéticas.¹

Como es de suponer, y así lo cuenta Machado, las palabras de Mairena, publicadas en un periódico de la época, cayeron muy mal a los poetas, “que

¹ Antonio Machado, “Juan de Mairena”, en Manuel y Antonio Machado, *Obras completas*. Ed. num. [s. l.], Plenitud, 1962, p. 1066.

debían ser muchos en aquel entonces, a calcular por el número de piedras que le cayeron encima al modesto profesor”.² Arturo, cuando hace crítica, me recuerda a Juan de Mairena. Los fatuos resplandores de poetas o de críticos nunca le han impedido acercarse a la obra literaria con agudeza. Tal vez por su formación científica, y por esta escuela de medida machadiana, Arturo se rehúsa al lenguaje crítico abstruso, confuso y agongorinado al uso. Y esto me lleva una vez más a Juan de Mairena, cuando hablaba con sus alumnos de ciertas frases impresionantes que encierran, dentro de su inexactitud, una dosis de verdad: “en nuestra literatura —decía Mairena— casi todo lo que no es folclor es pedantería”, pero hay que situar esta frase en el contexto del profesor de retórica, que consideraba a la palabra folclor en su sentido más estricto: el saber popular, “lo que el pueblo sabe y tal como lo sabe; lo que el pueblo piensa y siente, tal como lo siente y piensa, y así como lo expresa y plasma en la lengua que él, más que nadie, ha contribuido a formar”.³

Esta reflexión viene a cuento porque hace unos cuantos días leía yo un trabajo que era puro galimatías, debido al afán del autor de ser lo más moderno y cosmopolita posible, y que iba acumulando en sus páginas acriticamente toda una serie de términos y metalenguaje crítico que a veces no hay dios que lo entienda. La claridad tanto mental como escritural es, para Arturo Souto, uno de los objetivos fundamentales que como maestro se empeña en compartir con un sinnúmero de alumnos y colegas.

Lo conocí, si no mal recuerdo, en 1966, cuando ingresó como maestro de Español y Literatura española moderna y contemporánea en la Facultad de Filosofía y Letras. Luis Rius nos había dicho a los alumnos del grupo que un maestro, amigo suyo, hombre inteligente y sensible, iba a ser quien nos daría la clase de Español. Ese primer encuentro fue afortunado, pues el maestro Souto nos empezó a dar una clase que tal vez algunos habrían tachado de enseñanza tradicional, pero que para el grupo resultó una experiencia aleccionadora, pues con él aprendimos que muchas novedades no son más que eso y una complicada forma de hablar; y que es mejor primero poseer y afianzar las bases del conocimiento de la lengua, con claridad y precisión, para después intentar otros acercamientos. En aquellos años, Español junto con Teoría literaria eran los cuellos de botella de la carrera de Letras Hispánicas. Las enseñanzas de Arturo en ese año nos permitieron sortear el obstáculo sin problemas al mismo tiempo que adquirimos una sólida formación.

Al año siguiente, volvimos al curso con él —y aunque ahora dice que es un maestro medio barco—, los que tomamos clase entonces leímos como condenados a galeras los veinte libros por semestre que él nos exigió. Auto-

² *Idem.*

³ *Ibid.*, p. 1068.

res en apariencia tan áridos como el padre Isla, Feijoo o Jovellanos, fueron leídos con atención, si no con entusiasmo, y gracias a estas lecturas entendimos las complicaciones y desafíos de la España del siglo XVIII; hizo nacer en nosotros el entusiasmo por autores como Galdós, Clarín, Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Machado y tantos otros de los cuales hicimos los correspondientes ensayos. Creo que en ese año, Teresa Weissman, Cecilia Rojas y yo pudimos entregar todos los ensayos. Casi lo odiamos, pero también fuimos conscientes de que sólo así hubiéramos leído a autores que en primera instancia no nos gustaban, y que el maestro Souto nos enseñó a apreciar.

Tal vez nadie lo diría, por su aparente mutismo, pero uno aprende mucho platicando con Arturo Souto, a veces su mirada desencantada y al mismo tiempo amable cuestiona muchos de nuestros arrebatos entusiasmados acerca de “el mar y sus pescaditos”, señalando las dificultades o imposibilidades para realizar nuestras arrebatadas esperanzas sobre el futuro, y con cauteloso buen sentido nos hace aterrizar.

A lo largo de los años que lo conozco, y que de mi maestro ha pasado a ser mi amigo, Arturo ha trabajado sin cesar como profesor y como investigador. Numerosas introducciones a antologías, esclarecedoras y rigurosas como la publicada por la editorial Promaca, han ido marcando su trayectoria intelectual. La literatura francesa, la inglesa, la española, la mexicana, han sido objeto de su interés. He vuelto a releer el prólogo a *107 poesías de los Siglos de Oro. Varia lírica española*, publicado por Eosa en 1985, y es una muestra de la agudeza crítica de su autor. En un momento dado, al plantearse el problema que todo antologador tiene, que es el de seleccionar cuáles pueden ser considerados los mejores poemas de la poesía española, Souto señala que tal pretensión, “tomada en sentido objetivo, es inútil”, pues sin duda hay un sinnúmero de razones como la subjetividad del antologador, el gusto literario, la elección de los incontables lectores anónimos a lo largo del tiempo, y que “constituyen un riguroso cedazo. El más exigente, quizás, el que León Felipe haya llamado el mejor antólogo: el viento”.⁴ Para el lector, inmediatamente acuden las frases del axioma: “las palabras se las lleva el viento”, y sólo aquellas que perduran en la memoria o en la letra escrita, más allá del tiempo, son las que podríamos considerar mejores, porque sus voces y sentidos siguen diciendo al hombre de nuestro tiempo aquellas cosas que dispararon la imaginación poética de sus autores. Sabemos todos que un poema siempre dice cosas distintas y nuevas a cada uno de sus lectores, y es precisamente esta polisemia, como lo señala Arturo Souto, “uno de los mayores encantos

⁴ Arturo Souto, “Prólogo”, en *107 poesías de los Siglos de Oro. Varia lírica española*. México, Eosa, 1985, p. 7.

del lenguaje poético”. Justificando no solamente su elección, sino el incluir textos íntegros que en muchas antologías aparecen fragmentados, el autor señala que “cada poesía, sea cual fuere el número o la arquitectura de sus versos, es una obra entera en sí misma. Copla o gran composición en octavas reales, se trata de un mundo poético ensimismado, un organismo vivo que una mutilación puede destruir”.⁵ El concepto de *contracto* poético, que está detrás de esta propuesta, muestra en nuestro autor una comprensión cabal de lo que un poema es y de los riesgos que se corren cuando, atendiendo más a necesidades editoriales o supuestamente didácticas, para no comprometer al lector en una lectura ardua y larga, se recurre a estas estrategias facilitadoras, que lo único que logran es trivializar el poema, pues sea en el *Polifemo* y *Galatea*, de Góngora, o en *Campos de Soria*, de Antonio Machado, una lealtad estética elemental para con los poetas nos obliga a leer completas sus obras. En una visión limitada del concepto de poesía lírica, parece singular incluir a san Juan de la Cruz en las *Canciones del alma*, pero al leerlo en la antología, el poema de san Juan recobra sus más claros sentidos, y se revela la maravillosa intensidad de la expresión lírica en esa forma extrema del amor, que es el amor a Dios.

Como el mismo autor lo advierte, su gusto lo inclina a la poesía del siglo XX, en términos muy latos; Unamuno, Machado, Guillén, León Felipe, García Lorca, para cerrar con un espléndido poema de Luis Rius, el 107:

Yo fui, no soy, y mi verdad es ésta,
mi presencia conmigo, la más mía:
ser tan sólo memoria y lejanía,
jugador ya sin carta y sin apuesta.

Si ahora digo que fui, que tuve puesta
la vida en ejercicio, que vivía,
muy bien me sé que igual melancolía
me daba entonces similar respuesta.

Entonces ya también había vivido
sin ni esperar un venidero
instante, un presente no cumplido.

Siempre he sido pasado. Así me muero:
no recordando ser, sino haber sido,
sin tampoco haber sido antes primero.⁶

⁵ *Ibid.*, p. 9.

⁶ *Ibid.*, p. 249.

Amigo leal, cerrar la antología con un poema de Luis Rius es un acto de amor que mucho lo engrandece. A lo largo de los años he visto a Arturo brindar su serena amistad a los amigos del pasado y del presente. Cuando veo el cartel de este homenaje, pienso que la fotografía, aunque bella, no le hace justicia, porque en ella falta la leve sonrisa, la mirada afectuosa y el humor sutil que ilumina su rostro cuando se encuentra entre amigos.

Sus alumnos hemos transitado sin escollos a la condición de amigos. Siempre abierto a escuchar la ajena opinión como maestro, sin alardes de presunción orienta, sugiere, señala, pero nunca impone. Rara vez le he oído críticas acerbas, pero cuando lo hace es demoledor.

Desde los años en que fue mi maestro hasta la fecha, hay un lazo que ha estrechado nuestra amistad y es mi indeclinable republicanismismo. Mi amor por la República española es heredado. Mi padre se comprometió en cuerpo y alma por la causa de la República y, gracias a él, desde muy pequeña conocí en los viejos libros, en la música y en los poemas lo que ésta significó. Cuando llegué a esta escuela encontré en maestros y amigos ese vínculo afectivo que hizo más rica nuestra amistad: Arturo, Luis Rius, Horacio López Suárez, Federico Patán, Matilde Mantecón hacían concretos los recuerdos de esos años. Y personas y acontecimientos, que a veces sólo estaban en la memoria de una niña que aprendió a cantar la “Canción del 5º regimiento” y a levantar el puño, gracias a sus maestros y amigos, encontraron un espacio de enriquecimiento en el diálogo compartido. Curiosamente, aunque siempre supe de García Lorca, Miguel Hernández o Juan Ramón Jiménez, nada sabía de ese gran poeta que es Pedro Garfias. El encuentro con la poesía de Garfias se lo debo a Rius, a Arturo Souto y a López Suárez, y nunca he cesado de agradecerlos, pues para mí este agónico y trágico poeta representa la voz más clara y más alta del exilio español.

En la mesa de ayer, dos de los ponentes señalaron la lealtad y la entereza con las que Arturo Souto asume las relaciones de amistad. En el curso de los años, su lealtad para con los amigos nunca se ha visto desmentida y tampoco su entereza. Sin alardes, cuando la Facultad se ha visto comprometida en problemas tales como huelgas o acechanzas provenientes del exterior, Arturo ha respondido a la urgencia de la defensa de nuestra institución; a veces, a sabiendas de que la voz de los maestros frecuentemente es ignorada. En cuanto a la entereza, yo personalmente he de agradecer a él y a Horacio López Suárez cómo, en ocasión de la contienda de la elección de consejera universitaria, ambos resistieron a pie firme toda suerte de rumores amenazantes, y aun golpes en la puerta en la sala de maestros donde se encontraban las urnas. Posiblemente, creo yo, en un momento dado tuvieron temor, pero no cedieron a él.

En los años ochentas, empezamos a viajar juntos Matilde, Arturo, Abelardo y yo; San Luis Potosí, Zacatecas, Querétaro, Zamora, Ajijic, Veracruz o

Tlacotalpan; en estos viajes platicábamos de todo: pintura, música, los problemas universitarios, la crónica del exilio, ésta a cargo de Matilde, que era una charlista encantadora, y a la que siempre insistí que escribiera toda esta memoria viva que poseía. Recuerdo que un día, sentados a la orilla del lago de Chapala, y luego de largas horas de charla, enmudecimos: el largo ocaso, como si hubiera penetrado en nosotros, nos envolvió en una larga pausa reflexiva, después de la cual nos sentimos más amigos, más unidos.

Han pasado los años, y a lo largo de ellos, el afecto, la estimación intelectual y los recuerdos compartidos han sido la amalgama que ha dado sentido a una siempre creciente amistad por Arturo Souto, mi profesor y amigo.